

Eterna y vital división de opiniones

ANDRÉS
AMOROS

Al hablar con un aficionado a nuestra Fiesta, cualquiera suele preguntarle, en tono más o menos amistoso: «¿Ahora hay muchísimas polémicas sobre los toros, verdad?» La cuestión suele plantearse de modo especial al llegar las grandes Ferias. Incluso con una anécdota: todos los años, por San Isidro, un buen escritor, Manuel Vicente, publica su habitual artículo anti-aurino. Con un estilo brillante, desempolva los viejos tópicos: para él, la Fiesta se reduce a sangre, moscas, barro, excrementos, tripas de los caballos, lodo, puros de los señoritos...

Es el mismo repertorio de lugares comunes que empleaba, ya a comienzos de siglo, Eugenio Noel. Este pintoresco escritor vinculaba los toros a otras cosas que él consideraba «crímenes de la raza»: el pasodoble, «el cante hondo y las canalladas del baile flamenco que tiene por cómplice la guitarra, el género chico, ese delirio de diversión, de asueto, que caracteriza a nuestro pueblo...» Noel une también la Fiesta a algo que le parece más terrible todavía: «la libertad del pueblo español de poder hacer lo que le dé la gana». Quizá esto podría considerarse, hoy, un mérito.

He citado el caso Noel porque me parece el más significativo y porque, desde él, los antitaurinos no han avanzado nada. En efecto, si la Fiesta se redujera a sangre, crueldad y porquería, ¿qué persona mínimamente sensible no se alejaría de semejante foco de corrupción? La realidad, si la miramos sin prejuicios, es muy otra. Al que nos pregunte esto habrá que contestarle, ante todo, que las polémicas no son de ahora, que han existido *siempre*. Y que demuestran precisamente la vitalidad de nuestra Fiesta.

Vayamos por partes. Sin pedanterías excesivas, es imprescindible remontarse un poco en la Historia. La Fiesta de los toros, en el sentido moderno de la palabra, nace en el siglo XVIII. Es entonces cuando se producen una serie de novedades trascendentales:

- El toreo a pie sustituye al toreo a caballo.
- Los protagonistas ya no son caballeros sino gente del pueblo, que cobra por su actuación; son profesionales. Así, la Fiesta se democratiza.
- Nacen las ganaderías, como ejemplo clarísimos de *cultura* del toro, frente a la anterior espontaneidad.
- Surgen las Plazas de Toros, como el ámbito más apropiado para esta función.
- Se escriben las primeras Tauromaquias.

Notemos, de pasada, que la Fiesta es un fruto de la Ilustración, de las Luces, y no de la irracionalidad supersticiosa, como muchas veces se dice.

Pues bien, en ese momento «constituyente» abundan ya las polémicas. Los grandes ilustrados españoles se dividen radicalmente, en este punto. Algunos, como el admirable Jovellanos, se oponen a la Fiesta por no considerarla didáctica... y, probablemente, por que no la ha conocido, en su Asturias natal. **A**l lado de esto, no hay que olvidar a otros ilustrados igualmente admirables como Moratín y Coya, que son grandes aficionados. Moratín ve al torero como a un héroe griego. Igual que Píndaro hacía el elogio solemne de los vencedores en las Olimpiadas, canta don Nicolás *A Pedro Romero, torero insigne*. Y, en estilo mucho más popular, nos presenta en su *Fiesta de toros en Madrid* una estampa colorista, cuasiromántica, que ha fascinado siempre la imaginación de los españoles: «sobre un caballo alazano, cubierto de galas y oro, demanda licencia, urbano, para alancear un toro un caballero cristiano».

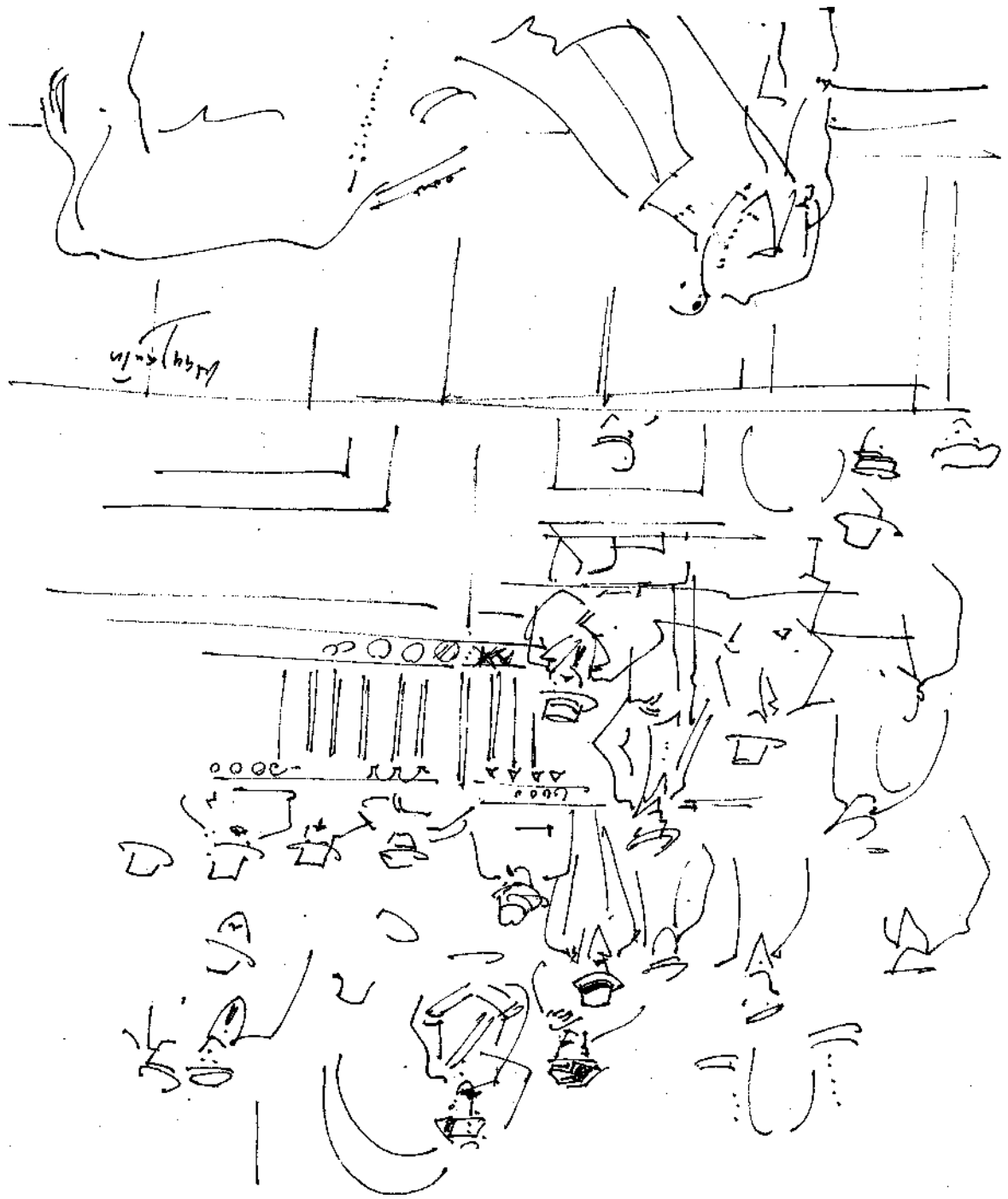
En cuanto a Goya, es un grandísimo aficionado. Como Picasso, dibuja, graba y pinta toros a lo largo de toda su vida. Una reciente exposición, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ha permitido a todos comprobar la fuerza de esta pasión.

En su *Epistolario*, Leandro Fernández de Moratín nos informa: «Goya dice que él ha toreado en su tiempo y que, con la espada en la mano, a nadie teme. Dentro de unos meses, va a cumplir ochenta años». Y ese anciano sigue firmando con su nombre, don Francisco, al que añade esta coletilla: «el de los toros», como título por antonomasia. Volvamos a la línea inicial: desde el siglo XVIII hasta hoy, la Fiesta brava ha dividido a los españoles. Hay que reconocer que es una fiesta *popular española* pero eso no quiere decir que se produzca una unanimidad (a favor o en contra) que sería absolutamente artificial. Tampoco les gusta a todos los españoles la paella, el vino blanco, el flamenco, la novela picaresca o el género chico.

He de insistir en que esas polémicas demuestran sin lugar a dudas su permanente vitalidad. Sólo discutimos por lo que de verdad nos interesa: la gente

Eugenio Noel vinculaba los toros a otras cosas que él consideraba «crímenes de la raza»: el pasadoble, el canto jondo y las «canalladas» del baile flamenco, el género chico...





se pelea hoy por el fútbol; antes, lo hacía por el teatro, ya no, por desgracia; nunca, por la poesía.

Para cualquiera que no tenga telarañas en los ojos, esa vitalidad resulta hoy absolutamente evidente. Hay que reconocer, en todo caso, que existen ahora tres nuevas circunstancias: la democracia, la Comunidad Europea y los movimientos ecologistas. Conviene comentarlas brevemente.

De modo abusivamente erróneo, quisieron algunos identificar a nuestra Fiesta con la Dictadura, la España «vieja y negra», el franquismo.... Según eso, el nuevo régimen democrático y el cambio de mentalidad traerían consigo su decadencia y desaparición... Se equivocaban.

Ese era, por ejemplo, el criterio de los periodistas del *Times* de Londres. Para comprobarlo, enviaron a España a uno de sus redactores, que descubrió, asombrado, cómo «en la España de los *Yuppies* y la democracia, triunfa cada vez más la Fiesta de los toros».

Muy preocupados parecen andar algunos aficionados por la posible prohibición de las corridas de toros que pueda realizar el Parlamento Europeo. Me parece que sus temores son exagerados. Ante todo, por un argumento muy concreto: el caso de Francia. Tengamos en cuenta que en el país vecino, que pertenece desde hace años a la Comunidad Económica Europea, sí existen las corridas de toros, y cada vez con mayor auge, por cierto.

La cuestión se planteó ya en Francia hace años y fue resuelta por ley de esta forma: no podrá haber corridas con «mise a mort» (muerte del toro) excepto en aquellos territorios franceses donde se demuestre que son una tradición cultural arraigada ininterrumpidamente. Quiere esto decir, por ejemplo, que no podría anunciarse hoy una corrida (insisto: como «mise a mort») en París, donde sí las hubo, a fines del XIX, en la bella Plaza de la rue Pergolèse, construida con motivo de la Exposición Universal, pero luego se interrumpieron. Sí se dan hoy, sin ningún problema, en muchas plazas francesas del Sudeste y Sudoeste.

Apliquemos este criterio, tan claro, a nuestro país: ¿cuál es la tierra española donde se puede decir que exista una tradición cultural ininterrumpida de la Fiesta? Declaraba no hace mucho Antonio Gala, en unas Jornadas Taurinas que organicé en Alicante, que a *todos* los pueblos hispánicos, a un lado y al otro del Atlántico, les unen, por los menos, dos vínculos básicos: la lengua castellana y el toro.

No temamos la incompreensión de algunos europeos con respecto a nuestra Fiesta. Es lógica: no han podido conocerla ni vivir desde dentro su ambiente. Recordemos un antecedente histórico muy claro: la Fiesta llegó a ser prohibida por una Bula papal, *Salute Gregis*, de Pío V, en 1567. Ocho años después, Gregorio XIII levantó la prohibición, a ruegos de Felipe II. Lo que intentaba evitar el llamado Rey Prudente era los perjuicios que se derivaban de tal medida... para la religión católica española, no para los toros. Como nos advierte Cossío, «era el principal el desprecio que de la excomunióon hacían los aficionados a correr y ver correr los toros». Así pues, en la España de la Contrarreforma y la Inquisición, muchos españoles afrontaban riesgos tan terribles como el de verse excluidos de la reli-

De modo abusivamente erróneo, quisieron algunos identificar a nuestra Fiesta con la dictadura, la España vieja y negra, el franquismo... Según eso, la democracia y la nueva mentalidad traerían consigo su decadencia. Se equivocaban



Ni la Comunidad Europea, ni la democracia, ni los ecologistas constituyen algún peligro para el porvenir de la Fiesta. El auténtico riesgo está dentro de nosotros

gión católica antes que prescindir de una afición semejante. ¿Podría tener mayor fuerza, hoy, el europeísmo? Desde luego que no.

Cualquier manifestación del Parlamento Europeo en contra de nuestra Fiesta tendría solo un valor de recomendación normal, nunca podría suponer una prohibición efectiva. De todos modos, no deseo que llegue nunca a producirse. Y no lo hago como aficionado a los toros sino como europeísta sincero. Esa hipotética declaración apenas perjudicaría a nuestra Fiesta pero daría lugar a una reacción castiza, anti-europea, en buena parte de nuestro pueblo.

Otra cosa no tendría sentido: la Europea que entre todos estamos construyendo sólo puede fundarse en el respeto de cada uno por las tradicionales culturales de los demás. De nada serviría que yo condenara el /o/e, la caza del zorro inglés, la fiesta de la cerveza de Munich o las canciones tirolesas... Queda todavía el tema de los ecologistas o «verdes». Es una actitud que, en principio, merece todos mis respetos, siempre que no se lleve —como a veces sucede— a extremos caricaturescos.

Recuerdo sólo que un sacerdote italiano, paladín de la campaña anti-aurina, ha condenado también a los fieles que comen el tradicional «agnello» pascual. Y un discípulo suyo ha asegurado que Jesucristo nunca comió cordero, porque era vegetariano... Los dos han tenido que ser desautorizados por el Vaticano.

Hablemos en serio. Los presuntos defensores del toro suelen olvidar que nadie lo ama más que un buen aficionado, nadie admira más su belleza, nadie exige con más vehemencia su integridad y se indigna con mayor furia ante cualquier mal trato, desprecio o manipulación fraudulenta. Recordemos, una vez más, algo absolutamente evidente, el toro bravo no es algo espontáneo sino el fruto de una delicadísima labor de selección y cuidado. Es, según Sáenz Egafía, la máxima aportación española a la zootecnia universal. Pues bien, si no existieran las corridas, la especie zoológica desaparecería, de modo inevitable y en muy corto plazo. ¿Es eso lo que pretenden los presuntos defensores de tan bello animal?

Recapitulemos: ni la democracia, ni la Comunidad Europea ni los ecologistas constituyen un serio peligro para el porvenir de nuestra Fiesta. El auténtico riesgo —muchos lo han dicho ya— está dentro de nosotros. Recuerdo un testimonio verdaderamente ilustre. No hace mucho, recogía la revista *Aplausos* unas opiniones tajantes de D. Juan de Borbón: no temía para nada la enemistad de *algunos* europeos, que consideraba reliquia pretérita. Lo que sí le preocupaba, como aficionado, era la posible decadencia de la casta brava.

Este sí que es un riesgo real. Sin el toro íntegro, toda la Fiesta se tambalea. La base de todo es el toro, un hermosísimo animal' en el que los españoles vemos el mejor símbolo de cualidades contrapuestas: fiereza y docilidad, fuerza arrolladura y nobleza.

Por algo los escritores españoles de todos los tiempos no sólo han cantado su belleza sino que han llegado a identificarse con su destino vital. Así lo hace, por ejemplo, Miguel Hernández, en un soneto inolvidable: «como el toro he nacido para el luto

y el dolor, como el toro estoy marcado con un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.
Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado...»

Y esto no es sólo hermosa literatura sino verdad, sentada vitalmente por los
hombres de esta *piel de toro*, de este *ruedo ibérico*.

